

Los agapantos

Nelson N. Gutiérrez Cuellar

Fecha de recibido: junio de 2013. Fecha de aprobación: julio de 2013

Fascinación; eso despertaron en Rosario. Desde siempre, antes del uso de razón, horas y horas contemplándolos, quieta, absorta, sobre la butaca de arrayán que su padrino Ananías le fabricó para que no comiera sentada sobre el polvo. Los miraba con los ojos de la chisga cuando, embelesada, mira a la cuatronarices antes de la tarascada mortal.

Será bonita, dictaminó Martín el partero cuando la revisó, pero hay que darle sangre de chupafior vivo, cogido cuando esté sobre el agapanto, para que se despabile; si lo matan la niña muere y si no se la dan perderá la cabeza.

Vivió, su cara se fue afinando como la de la torcaza y poco a poco vino el aislamiento, siempre quería estar sola. ¿Cuándo comenzó a trinar como los pájaros? “cruí” “cruí” “cruí”, como las chisgas, pero también como el zorzal o como los pájaros que a finales de junio suben del llano; eran su dicha, la visitaban la garza morena, el loro, el alcaraván y los otros. Interrumpía los oficios para atender esas visitas y canten, canten y canten, hasta llegar a un frenesí de alegría; pero a veces, en momentos de máxima fascinación entonaba, entre susurros, el paternóster, sin que valieran regaños o advertencias, tampoco resultó la medida extrema de presentarla ante la Virgen de Chiquinquirá, porque todos los días, sobre el final de la tarde, al formarse el coro ya nadie los paraba y cuando sus visitantes se iban, enmudecía y sentada en su butaca los miraba; nada más, no era pecado, los miraba.

Podía, sola, cultivar la cebada, la arveja, ordeñar, hacer los quesos, sin jamás musitar algún reproche. Era feliz sembrándolos, en pequeñas eras los azules, en terrenitos más grandes los blancos; ya nadie le reprochó, cómo lo iban a hacer si era la dulzura toda, como una conserva.

Soltera, de vez en cuando recibía la visita de Vicente, grande, veloz, con su vozarrón de estruendo, un ulular lastímico o jubiloso según hubiera sido la suerte de Guadalupe Salcedo. Subía por la cordillera y aireaba todo, pero si estaba bravo entonces sí, problema; le temían porque gritaba, bramaba y era seguido por las nubes grises.

Al verlo venir reía, agudizaba el tono de su canto, dichosa; dicen que conversaban como enamorados, ella lo tomaba en las manos, lo consentía, él le frotaba la cabecita, le besaba las mejillas y de repente, zas, adiós, se iba con un constante cantar, mezcla de amor y pena.

Hacia las cuatro de la tarde y hasta el anochecer, quedaba extasiada frente a estas flores y le cogía la silbadera de las chisgas, antes de caer sobre el polvo con su bendito paternóster.

Un domingo vestía de gala, solo blanco, al siguiente solo azul. Dijeron que era la Virgen de la Inmaculada, porque con sus flores formó un gigantesco tapiz blanco y azul.

Nadie la superó, la mejor cuajada, la mejor alverja, la mejor harina, siempre lo mejor; sin embargo, cambió todo por las florecitas. Cuando retoñaban sufría mareos, se frotaba la barriguita y llamaba a Vicente; a veces venía, a veces no. Esos agapantos la están volviendo loca, dijeron.

De repente Vicente no volvió, dejó de llover y comenzaron a agostarse, se secaron; les buscó agua en las más lejanas manas, los vecinos le ayudaban a regarlos como podían, pero nada; murieron. A su alrededor el jardín siguió igual, florecido, pero los agapantos no, ninguno sobrevivió.

Con los ojos aguados intensificó el paternóster, dejó de gorjear como los pájaros, mas nunca decayó, fue a todos los santuarios, rezó todas las novenas, los últimos granos de maíz los metió en los zapatos para caminar en perpetua mortificación.

¿Fue un castigo de la providencia, celosa de la simpleza de su felicidad?

Y apareció Nacianceno, el rezador, uno de los últimos muisas; cantó también como las chisgas, “cruí” “cruí” “cruí”; daba pequeños rodeos al marchito jardín, mientras danzaba y levantaba los brazos como el gavián y sus ojos volaban sobre los viejos cultivos de agapantos; lloró, mucho lloró, sin decir palabra alguna.

Al tercer día llegaron los truenos; durante seis noches no dejó de tronar, pero solo ruido, sin go-

tas, sin brisas, y ella en la mitad, adusta, la mirada al fondo, los ojos perdidos en el paternóster.

Al verlo llegar sonrió, abrió los brazos alborozada para acogerlo; venía de abajo, de las orillas del Ariari y subió por el cañón con un sonido demencial. Traía las primeras gotas; bajó del cerro un primer hilo de agua; calló, serena, al observar que era ya un arroyo; tembló ligeramente cuando se vino la creciente, rápida, fuerte, escandalosa; metía miedo.

Arrasó todo, nada quedó salvo la alfombra de barro y rocas que se formó.

Vicente gritaba, daba vueltas en un vórtice casi lujurioso; luego calló y se marchó. Hubo un silencio pesado, turbio. Volvieron las chisgas a revolotear sobre un campo mudo; llegaron otra vez los zorzales, los copetones, los arrendajos, todos, pero en silencio, ya no trinaron.

Ella jamás apareció, ni siquiera el vestido blanco y azul con el que la vieron por última vez.

“Se la llevó la creciente”, sentenciaron.

Nadie, nunca, vio agapantos tan hermosos como los que crecieron después.